

SANTIAGO CANTERA

# *La crisis de Occidente*

Orígenes, actualidad y futuro

ENSAYO

SEKOTIA

© Santiago Cantera Montenegro, 2020  
© a la edición Editorial Sekotia, S.L., 2020

Tercera edición: noviembre de 2020

[WWW.SEKOTIA.COM](http://WWW.SEKOTIA.COM)

EDITOR: HUMBERTO PÉREZ-TOMÉ ROMÁN  
COLECCIÓN BIBLIOTECA DE HISTORIA • ENSAYO  
Maquetación Rafael Jiménez Romera

«Está prohibida su reproducción por cualquiera que sea su proceso técnico, fotográfico o digital, sin permiso expreso de los propietarios del copyright. La Ley de Propiedad Intelectual, aprobado por Real Decreto Legislativo 1/1996, de 12 de abril atribuye al autor y a otros titulares la disposición y explotación de sus obras y prestaciones. Si usted, consciente o inconscientemente, permite que este producto sea divulgado en otra persona o personas diferentes a usted, debe saber que incurre en un delito tipificado por la Ley y que está permitiendo que otros se apropien de algo que no es suyo y por lo tanto es cómplice de un robo intelectual e industrial. Ser dueño de un ejemplar físico o electrónico de una obra no le convierte en dueño del contenido de esa obra. Existen claros límites en cuanto a lo que puede y no puede hacer con estos productos.»

Imprime: Black Print  
ISBN: 978-84-18414-08-4  
Depósito legal: CO-1034-20

Hecho e impreso en España-*Made and printed in Spain*

*Cum permissu superiorum*

*A la Santísima Virgen María,  
la Mujer coronada con doce estrellas (Ap 12,1),  
bajo cuyo manto azul inmaculado  
ha sido invocada como  
Reina y Señora por los pueblos de Europa y de América.*

*A los monjes que construyeron Europa  
y a los misioneros que llevaron la fe a América.*

*A mis antiguos alumnos de «Historia de las Civilizaciones».*

# Índice

PALABRAS PRELIMINARES A LA PRIMERA EDICIÓN .....	11
PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN .....	13
PÓRTICO .....	17
CIMIENTOS. SER E IDENTIDAD DE EUROPA .....	27
PILARES, ARCOS Y BÓVEDAS. LA FORMACIÓN DE EUROPA.....	51
TÍMPANOS Y CAPITALES. EL MENSAJE DE EUROPA .....	117
Visión trascendente de la realidad .....	118
El puesto central de Dios .....	134
El valor del hombre .....	141
Origen y composición natural de la sociedad .....	162
LA PRUEBA DEL TIEMPO. LA CRISIS DE LA IDENTIDAD EUROPEA .....	179
La crisis en el campo de las ideas: la «Modernidad» europea .....	183
Aspectos de la crisis actual: la «Posmodernidad» europea.....	253

RESTAURACIÓN. LA ESPERANZA DE EUROPA .....	313
PROYECCIÓN DE UN ESTILO .	
EUROPA Y AMÉRICA .....	335
Las grandes áreas histórico-culturales de América .....	335
El desenvolvimiento	
y la incidencia de las ideas de la Modernidad en América.....	370
Sobre el redescubrimiento de la esencia de Hispanoamérica.....	422
APÉNDICE. PATROCINIO MARIANO	
DE LAS NACIONES HISPANOAMERICANAS .....	439

## PALABRAS PRELIMINARES A LA PRIMERA EDICIÓN

Hablar de Europa puede ser una mera evocación de algo que fue. Puede ser también un recordar erudito de hechos y lugares. Sin embargo, deja de ser la memoria un recurso sentimental y, al cabo, estéril, si tiene en su horizonte el futuro. Entonces la historia adquiere su faz humana y es auténtica *magistra vitae*. Vivida como evocación del pasado, madura en el proyecto de lo que será.

Estas condiciones son las que dan su sentido cabal a mucha investigación histórica y, en particular, a la abundante literatura sobre Europa. Los últimos decenios han visto aparecer por todas partes la nueva especie de los «europeístas». Se ha lanzado la clase política a la «construcción de Europa» y han proliferado celebraciones, fanfarrias, instituciones y ruidos. El asunto está en el «para qué». Tiene uno la impresión, en ocasiones, de que el europeísmo ha limitado sus efectos reales a la creación de una burocracia transnacional incontrolada, y, en el fondo, a la generación de una nueva estructura de poder de cariz sospechoso. Porque, ¿a dónde nos quieren llevar?

¿Es bueno el proyecto de una Europa unida tal como ahora se nos presenta? Fr. Santiago Cantera O.S.B. ha tenido el humor de escribir unas páginas muy interesantes alrededor de estos asuntos de Europa. Añoro aquellos tiempos en que trabajaba junto a mí en el Instituto CEU de Humanidades Ángel Ayala, aunque reconozco gustoso que el

silencio imponente del Valle de los Caídos va llevando a este Doctor en Historia a una envidiable madurez.

Fr. Santiago Cantera parece ser de los que creen que los pueblos no pueden ser creados de la nada. Apenas hay en la historia cortes profundos, y ninguno de ellos ha sido efecto de un plan humano. La historia ni la crea el hombre ni es el hombre el único ingrediente de ella. De entrada, los agentes históricos se encuentran puestos en el mundo y unos hombres se encuentran con otros al margen de sus respectivas voluntades. Las circunstancias no son elegidas por sus habitantes. Ni el hombre se da a sí mismo su propia naturaleza. Como tampoco, análogamente, son los pueblos y sociedades entidades transparentes y sin sustancia. Sino que, por el contrario, tienen su esencia, su consistencia o idiosincrasia, la cual es resultante de la historia. Cada pueblo es una condensación peculiar de pasado que condiciona y hace posible su futuro. Por eso tiene sentido preguntar qué es Europa. Ni siquiera Atila sería capaz de conquistarla sin tener en cuenta lo que ella es.

Ahora bien, lo que hoy es necesario decir en alta voz, a despecho de los laicismos y de los concordismos acomodaticios, es que el ser de Europa se llama, de una manera particularmente intensa, cristianismo. Al servicio de este objetivo ha puesto hoy Fr. Santiago Cantera su pluma. Espero que en ella tengamos promesa de futuras singladuras tan interesantes y valiosas como ésta.

Grecia, Roma y, sobre todo, el cristianismo, son la entraña de Europa. Mucho podrá hoy la ingeniería social (movida tantas veces por el odio) para hacer entrar a los pueblos europeos por las estrecheces de vestidos que no se les acomodan. Sin embargo, la Europa que encontrarán al cabo no tendrá alma. Fr. Santiago Cantera propone en estas páginas sus consistentes reflexiones, como advertencia y como consejo.

JOSÉ J. ESCANDELL  
Profesor de Filosofía

## PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

Ciertamente, vivimos un momento de orfandad espiritual y amnesia histórica. Un momento en el que la *damnatio memoriae Ecclesiae* hace especial daño a la memoria histórica común de los europeos. De hacer caso al primer borrador del preámbulo del fenecido proyecto de Constitución Europea pareciera que en la historia de Europa no habría habido contribución alguna del Cristianismo. Ello ante la pasividad de buena parte de la clase política y los intelectuales. De ahí la necesidad de una profunda reflexión sobre la identidad europea como la que fray Santiago Cantera nos ofrece en el presente libro.

Los siglos de transición entre la Antigüedad y el Medievo fueron testigos del fin del magnífico edificio institucional levantado por el genio de Roma. Muchos creyeron entonces que se aproximaba el final de los tiempos pero el alma no muere y el espíritu romano, animado de nueva vida por el hálito cristiano, fue a buscar otro asilo en el seno de los pueblos germánicos. *Corruptio unius est generatio alterius*. Roma tenía que morir para que naciera Europa.

Sería el Cristianismo, portador de la herencia de la Antigüedad clásica, el nuevo aglutinante de Occidente. La Iglesia sería, en efecto, la principal artífice del alumbramiento de una nueva identidad romano-germánica, en una brillante síntesis de lo mejor de ambas

culturas, una síntesis a la que podemos definir con rigor como «matriz de la conciencia europea».

De la simbiosis de los pueblos germánicos invasores y los provinciales romanos conquistados nacieron las naciones europeas, a su vez conformadas en una unidad superior por una comunidad de civilización y fe llamada Cristiandad. Sin la acción de la Iglesia, la barbarie germánica y la amenaza islámica habrían prevalecido y no habría habido Europa. Eso lo conoce cualquier medievalista.

En estos tiempos de falseada memoria histórica y hostilidad ambiental al hecho cristiano resulta de la mayor importancia recordar a los lectores que la esencia misma de la civilización occidental hunde sus raíces en un fenómeno de importancia cardinal: la cristianización primeramente de la orgullosa Roma y luego de los indomables bárbaros.

Jesucristo y Su Iglesia vencieron allí donde las legiones de César y los discípulos de Sócrates habían fracasado: la integración del mundo de la barbarie en la civilización grecolatina del Mediterráneo. Y ello a través de la predicación y la misión, a través de la Palabra y no de la Espada. Irlandeses, Francos, Visigodos, Anglosajones, Burgundios, Normandos, Varegos, Frisios, Polacos, Bohemios, Magiares... la lista de pueblos convertidos a la Fe católica en la Alta Edad Media es ciertamente larga. Repárese en que más de la mitad de las naciones europeas son hoy parte de Occidente gracias no al genio helénico o romano sino a la labor misionera de sacerdotes y monjes benedictinos. San Benito de Nursia o San Gregorio Magno no son menos padres de Europa que Aristóteles o Cicerón.

En este sentido, resulta a mi entender particularmente oportuno reivindicar la magna obra civilizadora de la Orden de San Benito en los siglos más oscuros de la Alta Edad Media, cuando la luz de la Cultura latina iluminada por la Fe católica parecía que podía apagarse en cualquier momento ante la acometida conjunta del Islam avasallador y las hordas vikingas del Norte. Las abadías benedictinas fueron el último dique que contuvo a la tormenta de barbarie desatada por los hijos de Gog y Magog en las tres centurias previas al Año Mil.

Pero también resulta obligado describir, como hace fray Santiago, el daño causado por otra barbarie destructora, aunque ésta no fuera obra de salvajes analfabetos sino de filósofos con peluca: la malhadada Ilustración y sus terribles secuelas.

La descripción que de estos acontecimientos y de su contexto realiza en el presente libro fray Santiago Cantera, de quien me honro en considerarme amigo, no puede ser más acertada y precisa. Su penetración de la causa última del proceso de degeneración de Europa y sus llamadas a una restauración del orden cristiano llaman poderosamente la atención y nos interpelan. No podía ser de otra forma si atendemos al perfil de su autor, a quien debemos ya varios libros de notable factura. En él se combinan de forma poco usual el máximo rigor académico del doctor en Historia con la sabiduría espiritual del monje benedictino. Creo que en el difícil momento que nos ha tocado vivir estamos muy necesitados de ambas virtudes en el campo de la historiografía española. Quiera Dios que fray Santiago Cantera sea el pionero de una nueva generación de jóvenes historiadores católicos españoles que tanta falta nos hace.

MANUEL ALEJANDRO RODRÍGUEZ DE LA PEÑA  
Profesor de Historia Medieval (Universidad San Pablo-CEU)

## PÓRTICO

En 2008 publiqué en esta misma editorial la primera edición del presente ensayo, del cual la segunda salió a la luz tres años después, en 2011. Han pasado otros nueve hasta la tercera edición que ahora se ofrece, con algunas reimpresiones entre tanto.

En este período de tiempo han venido sucediendo acontecimientos que han confirmado la línea apuntada en numerosos aspectos sobre los que se reflexionó entonces, tales como la progresiva penetración islámica en Europa y la también progresiva degradación moral de nuestra cultura occidental. Asimismo, han surgido algunos factores nuevos e inesperados, muy en especial la crisis del COVID-19 en el año 2020, que ha trastocado no sólo la vida de Europa y del Occidente, sino del mundo entero.

Por otra parte, consideramos que el grueso del análisis del libro conserva su actualidad porque va más allá de los avatares históricos más recientes y se centra en las raíces de lo que es nuestra civilización en su esencia y profundidad, así como en el proceso de descomposición de algunos de sus pilares fundamentales y en las posibilidades y esperanzas para su restauración. Por eso se nos ha invitado desde Sekotia Ediciones a realizar una nueva edición de la obra, actualizada en lo que pareciera necesario, a la par que hemos recibido alguna petición de traducción de la misma a otras lenguas fuera de España.

Deseamos haber podido atender del mejor modo a esta solicitud y responder a la demanda de tantas personas que piden luz en medio de un mundo confuso y de un Occidente que parece navegar hoy día en un mar tormentoso y en el que muchas veces resulta difícil hallar faros que iluminen en la oscuridad y puertos donde recalar con tranquilidad.

Sin mayor demora, pues, ofrecemos en adelante el texto original con las correcciones y actualizaciones que hemos considerado oportunas.

\* \* \*

Este libro quiere ofrecer una comprensión de Europa y de su actual crisis de identidad. Pero, ¿hablar de crisis de la identidad europea cuando precisamente se está construyendo Europa? ¿Qué dice un monje, un atrevido y trasnochado «fraile» que aún viste un hábito negro con capucha, al inicio del siglo XXI? ¿De qué cosas se trata en estas páginas y por qué parece que se nos inquieta con estas ideas que hacen referencia a una crisis, cuando los medios de comunicación social nos explican y convencen de que todo va muy bien y que se auguran tiempos magníficos? ¿Tal vez tuviera razón cierto personaje del mundo político español, que calificó de «tenebrosos e inmovilistas» a «los curas y los jueces» porque, en palabras suyas, «desde hace siglos se han opuesto a todos los avances»?

\* \* \*

Lo que quiere exponer aquí un monje benedictino, sencillamente, no son más que unas impresiones ante el proceso actual en que se halla inmersa Europa y, aún más ampliamente, la civilización occidental, que es de cuño europeo. Sus opiniones son todo lo pobres que puedan serlo por su persona, pero trata de elaborarlas y exponerlas, no tanto desde su propio punto de vista, como a raíz de lo que una Tradición secular, de la que se sabe heredero y partícipe, le permite observar y juzgar, así como a la luz de una vida dedicada a la

contemplación de Aquel sin Quien nada ni nadie podrá explicarse, por más que se intenten buscar sustitutos que rellenen el vacío que deja la ausencia de Dios.

\* \* \*

Hemos hecho alusión a dos conceptos fundamentales, de los que hoy carece la sociedad europea: *raíces y luces*. La sociedad europea, que en nuestro tiempo está tratando de configurarse a sí misma de un modo absolutamente nuevo, ha renunciado a las verdaderas raíces que le podían dar consistencia. Reniega de su pasado más auténtico, de aquél que dio vida a Europa, y quiere edificar una nueva «casa común europea» en el vacío. De este modo, es obvio que el desplome se producirá más tarde o más temprano. No hay más que escuchar lo que hace ya dos mil años enseñó un Hombre extraordinario en Palestina: «Así, pues, todo el que escucha estas mis palabras y las pone por obra, se asemejará a un varón prudente que edificó su casa sobre la peña; y bajó la lluvia, y vinieron los ríos, y soplaron los vientos, y se echaron sobre aquella casa y no cayó, porque estaba cimentada sobre la peña. Y todo el que escucha estas mis palabras y no las pone por obra, se asemejará a un hombre necio que edificó su casa sobre la arena; y bajó la lluvia, y vinieron los ríos, y soplaron los vientos, y rompieron contra aquella casa y cayó, y su derrumbamiento fue grande»<sup>1</sup>.

Pero, claro, a este Hombre, que la Europa de otro tiempo reconocía como Dios, hoy se le quiere desterrar del continente, e incluso se evita pronunciar su Nombre, y por consiguiente se caerá en el olvido de sus prudentes y sabios consejos. Así que, por eso mismo, ante este destierro decretado abierta o tácitamente contra ese Hombre-Dios, quien escribe estas líneas, sabiéndose auténticamente libre, explicita con firmeza y con amor, aquí y ahora, dicho Nombre: *Jesucristo*, Rey y Señor del Universo.

---

1 Mt 7,24-27; Lc 6,47-49.

Y es también Jesucristo quien iluminó la Europa de otro tiempo y quien, con aquella Europa cristiana, hoy podría iluminar a la Europa actual si ésta le recibiera nuevamente. La Europa de hoy carece de luz verdadera; su desarrollo material, del que no hay garantía que vaya a durar siempre, la llena de luces artificiales: tecnología, consumismo, placeres pasajeros... Es decir, nuevos ídolos que la envanece, la vacían de contenido y la hipnotizan. Pero no tiene auténtica luz perdurable, porque rechaza el entronque con sus raíces históricas y abjura de Jesucristo, Quien ha dicho de Sí mismo: «Yo soy la Luz del mundo; el que me sigue no tema caminar en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida»<sup>2</sup>.

Ésta es, pues, la Europa que Juan Pablo II, en su exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Europa* del año 2003, definió como inmersa en un proceso de «apostasía silenciosa»<sup>3</sup>. Según el santo Papa, y de acuerdo con lo que recordaron los Padres reunidos en el Sínodo, esta situación se ve caracterizada en buena medida por «la pérdida de la memoria y de la herencia cristianas, unida a una especie de agnosticismo práctico y de indiferencia religiosa, por lo cual muchos europeos dan la impresión de vivir sin base espiritual y como herederos que han despilfarrado el patrimonio recibido a lo largo de la historia. Por eso no han de sorprender demasiado los intentos de dar a Europa una identidad que excluya su herencia religiosa y, en particular, su arraigada alma cristiana, fundando los derechos de los pueblos que la conforman sin injertarlos en el tronco vivificado por la savia del cristianismo»<sup>4</sup>.

\* \* \*

Y a un monje benedictino, ¿qué le corresponde pensar acerca de Europa, con relación a esas raíces y a esas luces que ha mencionado?

---

2 Io 8,12.

3 JUAN PABLO II, *Ecclesia in Europa. Exhortación apostólica postsinodal sobre Jesucristo vivo en su Iglesia y fuente de esperanza para Europa*, 28 de junio de 2003, n. 9.

4 JUAN PABLO II, *Ecclesia in Europa*, n. 7.

Desde su retiro en el claustro, apartado del «mundanal ruido», ¿qué es lo que puede aportar?

\* \* \*

Ya decimos que el valor de lo aquí expuesto no son tanto unos juicios personales, que indudablemente pueden ser pobres y no exentos de errores, como unos juicios realizados a partir de una vida dedicada a Aquel que es la Luz del mundo, y a partir asimismo de la luz que concede el verse respaldado por una *Tradicción* secular. No en balde, como un agnóstico le reconoció a un notable abad francés, el fundador del monasterio provenzal de Le Barroux, Dom Gérard Calvet: los monjes, «en medio de esta desbandada general, son los testigos de la permanencia de los valores»<sup>5</sup>.

En efecto, el monacato es heredero de una Tradición y él mismo en gran medida es Tradición. Y como Tradición que es, es una Tradición siempre viva. La esencia de la vida monástica es la búsqueda absoluta y contemplativa de Dios en un clima de silencio y soledad, lo cual implica necesariamente el retiro del mundo y un esfuerzo ascético. Y la Tradición, desde una metafísica tomista, ha sido definida por el doctor Palomar Maldonado, de acuerdo con los profesores Petit y Prevosti, como «arraigo o enraizamiento del devenir en el ser». Este mismo autor también ha recordado su vinculación con las raíces, la savia, la memoria de la paternidad en una comunidad y el sentido de la filiación, y ha puesto en relación el amor humano implícito en ella con el Amor de Dios. Asimismo, ha señalado como rasgos característicos de la Tradición: la acción (en tanto que transmisión), la comunión (hay acción comunicativa entre el donante y el que recibe), la permanencia (lo que se transmite es lo permanente) y la esperanza, pues es a la vez proyección de futuro y posee por lo tanto perfectividad (tiende a una meta y,

---

5 UN MOINE BÉNÉDICTIN, *La vocation monastique*, Le Barroux, Sainte Madeleine, 1990, p. 6.

considerando la vocación del hombre a la eternidad, el sentido de la Historia es la realización del designio divino, el Reinado de Cristo)<sup>6</sup>.

Son varios los estudios que se han dedicado al concepto de Tradición monástica, pero aquí sencillamente diremos que la idea de Tradición en el monacato está siempre presente, ya que éste se concibe y se vive como un legado recibido de unos padres fundadores, que se ha de continuar transmitiendo a las siguientes generaciones de monjes y se debe vivir con fidelidad. Un legado que recoge y es fundamentalmente esa misma esencia de la vida monástica, la cual, según la diversidad de vocaciones especiales suscitadas por el Espíritu Santo, puede manifestarse de dos grandes formas: cenobítica (vida comunitaria) y eremítica (vida solitaria). Y éstas, a su vez, se diversifican en una variedad bastante amplia, lo cual lleva a poder hablar de una Tradición benedictino-cisterciense, una Tradición cartujana, una Tradición jeronimiana, una Tradición basiliana, etc. Pero en conjunto, todas conforman la Tradición monástica, la cual se retrotrae en un primer término a la Tradición de los primeros Padres monásticos del Oriente cristiano: sirios y, sobre todo, egipcios. Y dichos Padres, por su parte, se remitían a la Tradición del premonacato bíblico, representado especialmente por personajes como Elías en el Antiguo Testamento y San Juan Bautista en el Nuevo.

Pero, aún más, junto a esta propia Tradición monástica, el monje se sabe heredero de unos antecesores que construyeron Europa, tanto la occidental (especialmente los benedictinos y cistercienses) como la oriental (sobre todo monjes herederos del espíritu de San Basilio); ambos eran a su vez hijos de unos padres que echaron los cimientos sobre los que les fue posible, en realidad sin pretenderlo, llevar a cabo aquella magna obra de edificar toda una civilización en el curso de varios siglos. Y esos padres, Copatronos de Europa, fueron San Benito de Nursia y los santos hermanos Cirilo y Metodio.

Por lo tanto, el monje es heredero también en este terreno de una

---

6 PALOMAR MALDONADO, Evaristo, *Sobre la Tradición. Significado, naturaleza y concepto*, Barcelona, Scire/Balmes, 2001; hacemos citas y resumen, especialmente, de las pp. 19-25, 53-54, 69-76 y 83-84.

Tradición secular, es hijo de unos predecesores que han sido invocados y designados como «Patronos» y «Padres» de Europa. El monje es heredero de la más rica y pura esencia de la Tradición europea: la de sus raíces y su carácter cristianos.

\* \* \*

Este libro no pretende ser ni un estudio a fondo ni una breve síntesis histórica, como otros que haya elaborado hasta el momento. Se trata más bien de unas reflexiones hechas por un hijo de San Benito a raíz y a la luz de la fe cristiana, de la vida de oración y de la Tradición de que este benedictino se siente partícipe, heredero y transmisor. Asimismo, están elaboradas a partir de la formación adquirida, antes de abrazar la vida monástica: primero como alumno de Geografía e Historia; y luego como profesor en la Universidad, donde impartió, entre otras asignaturas, la de «Historia de las Civilizaciones», que tanto disfrutó y que le permitió reflexionar sobre la materia, en buena medida siguiendo de cerca el pensamiento y la obra de Christopher Dawson. Estas páginas, pues, son propiamente un ensayo de tipo religioso-filosófico-histórico (si bien con un aparato crítico de notas más abundante que lo habitual en este tipo de obras), todo lo pobre que la persona de este monje es, pero todo lo rico que la Tradición y la fe en Cristo pueden aportar hoy a Europa.

El cristiano, y especialmente el monje, es un hombre libre frente a las presiones del «mundo». Su obediencia consagrada, abrazada voluntariamente, le confiere auténtica libertad. Quien se dona a Cristo y a su Santa Iglesia, en una entrega voluntaria de su vida como respuesta a una llamada personal amorosa que Dios le ha hecho, se sabe y se siente libre. Por eso mismo, el monje se puede ver libre de los condicionamientos humanos, de los miedos a lo que pueda pasar por hablar con claridad, del temor a incurrir en juicios «políticamente incorrectos», etc. Su vida es de Cristo y para Cristo: por eso, la calumnia padecida por Él, la persecución sufrida por su Nombre y el martirio por no renegar de Él, son motivo de gloria y de dicha, como lo son para todo cristiano; aunque jamás hay que

olvidar que la perseverancia y el triunfo en esas pruebas no existirán si no se piden a Dios como gracias suyas que son.

Con esa libertad, pues, se puede proclamar abiertamente lo mismo que decía poco antes de su asesinato en 1936 don José Calvo Sotelo, ante las amenazas de muerte venidas contra él del diputado socialista Ángel Galarza y de los comunistas Jesús Díaz y Dolores Ibarruri, nada menos que en las Cortes Españolas: «La vida podéis quitarme, pero más no podéis»<sup>7</sup>. O lo que nueve siglos antes había respondido un gran abad benedictino español, Santo Domingo de Silos, al rey don García de Navarra, tal como poéticamente lo narra el también benedictino Gonzalo de Berceo<sup>8</sup>:

*Puedes matar el cuerpo, la carne maltraer,  
mas non as en la alma, rey, ningún poder.  
(Puedes matar el cuerpo, la carne maltraer,  
pero no tienes ningún poder en el alma, rey).*

Y aún antes, e inspirándose sin duda uno y otro en Él, el divino Maestro había dicho: «No temáis a los que matan el cuerpo, pero al alma no la pueden matar, sino temed más bien al que puede arruinar cuerpo y alma en la *gehena*.»<sup>9</sup>

\* \* \*

Los dirigentes de la Europa actual, en el proyecto fracasado de Constitución que pretendieron que Europa se diese a sí misma en función de una abstracta y falsa «voluntad general», intentan pasar del templo pagano griego y romano al templo neopagano racionalista de la diosa Razón que erigió la Revolución Francesa y, desde

---

7 Es magnífica y documentadísima la reciente biografía elaborada por BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA, Alfonso, *José Calvo Sotelo*, Madrid, Ariel, 2004.

8 BERCEO, Gonzalo de, *Vida de Santo Domingo de Silos*, edición crítico-paleográfica del códice del siglo XIII por Fray Alfonso Andrés (O.S.B.), Madrid, Padres Benedictinos, 1958, p. 19; estrofa 153 del texto de Berceo.

9 Mt 10,28.

él, al templo también neopagano de la diosa Europa laicista y capitalista. Pero, ¿qué ocurre con las basílicas cristianas antiguas, con las iglesias bizantinas y prerrománicas, con las catedrales románicas, góticas, renacentistas y barrocas? ¿No existen estos edificios, como no existen estos siglos de cristianismo? ¿Por qué el proyecto de Constitución europea ignoraba este tiempo?

Es ésta la razón por la que, admirando la belleza de las catedrales cristianas, sobre todo las del Medievo, el monje que escribe este ensayo lo ha hecho teniendo presentes sus rasgos arquitectónicos. Y así, entrando por un pórtico, se acercará a ver cuáles son los sólidos cimientos sobre los que se asienta la Europa verdadera, cuáles son los pilares, los arcos y las bóvedas que culminan el edificio, y qué mensaje nos transmite la decoración en los tímpanos de las puertas y en los capiteles. También se verá cuál es el efecto del paso del tiempo, cómo puede haberlo dañado y de qué modo será necesario emprender la restauración.

Como la fe es más fuerte que el totalitarismo revestido de democracia, no hemos de dudar que Dios dará su apoyo a quienes confían en Él. Y por eso no debemos dudar tampoco que es posible reconstruir la verdadera Europa. La esperanza siempre ha de ser más fuerte que la dureza de la situación que se afronta, porque el Dios cristiano es el Dios de la esperanza.

\* \* \*

Antes de adentrarnos en el ensayo, quiero agradecer la paciencia de mi buen amigo, el profesor de Filosofía Dr. José J. Escandell, a quien solicité leerlo antes de efectuar su publicación en España. Agradezco todas sus indicaciones, tanto sus apreciaciones positivas como sus correcciones y objeciones; he atendido a parte de ellas y en otras he mantenido mi parecer, aun sabiendo que puedo estar equivocado. Por lo tanto, todas las opiniones, errores, deficiencias, etc., son exclusivamente atribuibles a mí y a mi perspectiva particular de pensamiento.

## CIMIENTOS SER E IDENTIDAD DE EUROPA

Una de las mayores pérdidas que la civilización cristiana occidental ha sufrido en los últimos años, aproximadamente a partir de los 60 del siglo XX, ha sido la originada por una especie de derrumbe de la *Escolástica* y del *tomismo*, tras un largo período de nuevo apogeo experimentado desde finales de la centuria del 1800<sup>10</sup>. Este desplome ha sido patente de un modo muy particular en la Iglesia Católica, que era donde se encontraba en pleno auge. La incursión de las corrientes de la «Nueva Teología» y de otras provenientes del protestantismo e incluso de fuentes ideológicas totalmente ajenas a la fe, trajo su casi desaparición entre los teólogos católicos y en los centros de formación, seminarios diocesanos y universidades, para dejar paso a nuevas formas de enseñanza, de exposición y de investigación cuyos resultados, sobre los que hoy se puede ya realizar un juicio bastante certero, han sido en general desastrosos: caída del nivel de conocimientos, incapacidad para el debate por el abandono del método

---

10 Aunque bastante crítico hacia lo que fue el proyecto neotomista iniciado a finales del siglo XIX, puede ser interesante, para una rápida visión histórica de la suerte corrida por el mismo, el artículo de BONINO, Serge-Thomas, «Le thomisme aujourd'hui. Perspectives cavalières», en *Revista Española de Teología*, LXIII (2003), pp. 167-181.

deductivo y dialéctico propio de la Escolástica, errores doctrinales y un largo etcétera, que se va haciendo conveniente subsanar pronto<sup>11</sup>.

Es evidente que la Escolástica podía tener sus puntos flacos y que, sobre todo, la desviación con mayor o menor frecuencia hacia las «sutilezas escolásticas», es decir, hacia las discusiones acerca de cuestiones extremadamente minuciosas e intrascendentes, eran aspectos en verdad criticables y que se debían evitar y superar. No obstante, una cosa era esto y otra muy distinta la crítica despiadada, con verdadero odio e inquina, que se venía haciendo contra la Escolástica y el tomismo desde tendencias externas al catolicismo y desde las modernistas que en su seno se movían y que estaban emparentadas directa o indirectamente con las primeras. Y esto fue lo que los sucesivos papas fueron advirtiendo con bastante energía desde el Beato Pío IX en el *Syllabus*, del 8 de diciembre de 1864<sup>12</sup>. León XIII, por su parte, impulsó un esplendoroso desarrollo de la Escolástica y del tomismo con su encíclica *Aeterni Patris Filius*, del 4 de agosto de 1879, «sobre la restauración de la Filosofía Cristiana». Él mismo hizo otras referencias importantes en *Divinum illud*, de 9 de mayo de 1897, y su sucesor San Pío X, en su lucha contra el modernismo, expresó en la famosa *Pascendi Dominici gregis*, de 8 de septiembre de 1907, el ataque emprendido por éste contra la Teología y la Filosofía católicas y más concretamente contra la Escolástica<sup>13</sup>. Muy dignas de destacar también son las encíclicas *Studiorum duces* de Pío XI (1923) y *Humani generis* de Pío XII, dada ésta el 12 de agosto de 1950, y en la que advertía «de las falsas opiniones contra los fundamentos de la doctrina católica».

A pesar de los cambios habidos a raíz del Concilio Vaticano II, éste, en el decreto *Optatam totius* sobre la formación sacerdotal, de 28 de octubre de 1965, volvía a incidir en la necesidad de no apartarse

---

11 Para las cuestiones a las que nos referimos aquí, pueden ser interesantes los apéndices de la obra del filósofo y teólogo dominico RODRÍGUEZ, Victorino (O.P.), *El conocimiento analógico de Dios*, Madrid, Speiro, 1995; especialmente el apéndice VI, «El método teológico después del Concilio Vaticano II», pp. 300-328.

12 Proposiciones o errores nn. 8-14 (y expresamente el n. 13).

13 En especial, los nn. 36-49.

del «patrimonio filosófico de perenne validez» y, en particular, del magisterio de Santo Tomás de Aquino<sup>14</sup>. Y Pablo VI y Juan Pablo II insistirían varias veces más en la importancia de acogerse a la guía del «Doctor Angélico», a quien incluso el segundo concedería el título de *Doctor Humanitatis*, «Doctor de la Humanidad», aparte de reafirmar su valor en *Fides et ratio*. También Benedicto XVI le dedicaría tres de sus catequesis de los miércoles en las que abordó los grandes teólogos medievales.

No obstante, a pesar de todo ello, la Escolástica y el tomismo sufrieron una especie de derrumbe a partir de los años 60 y 70, pero esto era algo que se venía labrando desde mucho tiempo atrás por parte de sus enemigos. De especial interés resultan algunos estudios realizados unos años antes por prestigiosos teólogos, algunos de ellos españoles, que advertían de este peligro: tal es el caso del P. Bernardo Monsegú, religioso pasionista, y del P. carmelita Gregorio de Jesús Crucificado, en la XI Semana Española de Teología, celebrada en 1951 y dedicada a la *Humani generis* de Pío XII<sup>15</sup>. Por poner otro ejemplo de unos 20 años después, cabe mencionar el trabajo dedicado por Miguel Poradowski a dilucidar cuáles son los motivos de la oposición marxista al tomismo<sup>16</sup>.

También debemos advertir que, pese al declive de la formación tomista y, mucho más aún, de la formación escolástica en el seno de la Iglesia Católica, sin embargo el tomismo sigue teniendo gran fuerza, tanto entre numerosos eclesiásticos y en bastantes centros de estudios, como quizá más todavía entre destacados filósofos seculares de hoy. Tal es el caso, en España, de la conocida «Escuela Tomista de Barcelona», que entre sus cabezas ha contado y cuenta

---

14 Concretamente, nn. 15 y 16.

15 JESÚS CRUCIFICADO, Gregorio de, O.C.D., «El 'Irenismo' en Teología y sus peligros», y MONSEGÚ, Bernardo, C.P., «Cómo se va del menosprecio de la escolástica al relativismo dogmático», en *XI Semana Española de Teología (17-22 sept. 1951): La Encíclica «Humani Generis»*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (C.S.I.C.), 1952, concretamente pp. 185-217 y 219-253.

16 PORADOWSKI, Miguel, *¿Por qué el marxismo combate el tomismo?*, Madrid, Speiro, 1974.

con nombres de prestigio nacional e internacional como el jesuita P. Ramón Orlandis, Francisco Canals, Eudaldo Forment, José María Alsina, Antonio Prevosti, Margarita Maurí, etc. Y también en España, es obligado mencionar el entorno de la «Fundación Speiro» y la revista *Verbo*, con sede en Madrid y actualmente bajo la dirección de Miguel Ayuso<sup>17</sup>. Asimismo, no podemos olvidar el desarrollo de la «Sociedad Internacional Tomás de Aquino» (S.I.T.A.), fundada en Roma con presencia de Pablo VI y por iniciativa del entonces cardenal Karol Wojtyła, más tarde papa Juan Pablo II. De esta manera, puede decirse que el aparente cataclismo sufrido por el tomismo ha experimentado un claro proceso de superación y que nos encontramos ante un momento de nueva restauración, quizá sobre todo en el ámbito seglar. Y sin embargo, en nuestros días aún seguimos pudiendo leer textos que ridiculizan o critican de diversas maneras la Escolástica y el tomismo, sobre todo redactados por religiosos y sacerdotes de la generación del Posconcilio o afectados por éste<sup>18</sup>, y en general es indudable que persiste una mentalidad de «faceta superada» con respecto hacia la Escolástica y el tomismo dentro del mundo eclesiástico.

\* \* \*

Ahora bien, ¿por qué estas consideraciones aquí acerca de la Escolástica y del tomismo, que en todo caso podrían venir mejor ajustadas en otra parte más avanzada del libro? ¿Y por qué venidas de un benedictino, cuando tal vez el monacato haya desarrollado una «Teología monástica» más enraizada en los Santos Padres y en la propia experiencia espiritual? ¿Ha habido una Escolástica monástica?

---

17 Por no ser prolijos en detalles, baste recordar, para un buen conocimiento del nuevo auge del tomismo en España, la obra de FORMENT, Eudaldo, *Historia de la filosofía tomista en la España contemporánea*, Madrid, Encuentro, 1998.

18 Por poner sólo un ejemplo, vale citar el artículo de VALLE, Luis G. del (S.J.), «Por supuesto que he cambiado. Jesuita y teólogo: mi persona y mi actividad», en *Sal Terrae*, 91/9 - nº 1071 (oct. 2003), pp. 757-767.

Responderemos antes brevemente a las dos preguntas últimas.

Es cierto que el monacato ha desarrollado una «Teología monástica» con caracteres propios y más enraizada directamente en los Padres de la Iglesia y en la experiencia espiritual de los monjes místicos y teólogos, y que así fue defendida por grandes autores como el benedictino francés Dom Jean Mabillon, de la Congregación de San Mauro. Pero, al mismo tiempo, un monje, y más aún un benedictino, nunca debe olvidar que a nuestro gran San Anselmo siempre se le ha considerado el «Padre de la Escolástica» en el siglo XI y principios del XII. Y tampoco podemos perder de vista que en la Tradición teológica benedictina, y monástica en general, contamos con notorios autores que supieron depurar la Escolástica de adherencias insulsas y compagnarla con la Tradición patrística y monástica del mejor modo posible, como fue el caso de uno de los mayores anselmianos de la Historia, el cardenal español Fray José Sáenz de Aguirre, monje de la Congregación de San Benito de Valladolid en el siglo XVII. O a finales del siglo XIX y principios del XX no podremos olvidar al P. Joseph Gredt, heredero de la escuela benedictino-tomista de Salzburgo. Asimismo, el monacato ofrece otras figuras del más alto relieve en el campo de la Escolástica, como el cartujo Dionisio de Rijckel, «Dionisio Cartujano», del siglo XV, a quien algunos han denominado «el último escolástico» (o, más propiamente, el último de los escolásticos medievales). ¿Y qué decir de los estudiantes de Filosofía y Teología, a quienes en nuestros monasterios aún se sigue denominando cariñosamente «escolásticos»?

En cuanto a la primera de las preguntas formuladas antes, respondemos diciendo que las consideraciones que en este punto del libro hemos hecho con relación a la Escolástica y al tomismo tienen su explicación en dos elementos. Uno es la claridad mental que la Escolástica y el tomismo aportan, además de la seguridad doctrinal que confiere su seguimiento, sobre todo en el tiempo de formación. Se observará en nuestro ensayo que en muchas ocasiones nos identificamos con las posturas del tomismo y argumentamos desde ellas.

La segunda razón de estas consideraciones es que en una primera redacción quisimos aproximarnos a la cuestión del ser y la identidad de Europa empleando de un modo analógico los conceptos escolástico-tomistas de *ser e identidad*. Sin embargo, coincidiendo luego nuestra propia revisión del ensayo con la observación que en la misma línea nos hizo el Dr. Escandell, nos pareció un intento demasiado forzado y artificial, capaz de desfigurar a un mismo tiempo la verdad de la metafísica tomista y la verdad del estudio de la Historia de las Civilizaciones. No obstante, eso no quita el que en parte nos inspiremos en algunos conceptos de la metafísica tomista y nos sirvamos de ellos para un cierto préstamo, con las convenientes matizaciones para poder aplicarlos a una realidad que de por sí es distinta y sin caer ya en los excesos en que pudimos incurrir inicialmente. Ciertamente, hacer una trasposición tal cual de la metafísica tomista a la teoría de la cultura y de la civilización es inadecuada para ambas partes y corre el riesgo de dar lugar a un producto que, cuanto menos, cabría tildar de artificial<sup>19</sup>.

Desde luego, nuestra identificación con el tomismo y con las afirmaciones fundamentales del pensamiento escolástico sí nos lleva a considerar que lo más fundamental en la teoría de la cultura y la civilización es poder señalar los rasgos elementales que vienen a definir lo que podemos entender por *ser, esencia e identidad de una civilización*, aquellos rasgos que la distinguen con suficiente claridad respecto de otras civilizaciones, aunque no hayamos de entender exactamente tales conceptos como en la filosofía del ser.

\* \* \*

Si un marco humano más o menos amplio en el espacio y en el tiempo, definido por una cultura o un conjunto de ellas con unas

---

19 El destacado tomista P. Victorino RODRÍGUEZ (O.P.) dedicó un artículo a la «Interpretación tomista de la civilización cristiana», en *Verbo*, 175-176 (1979), que luego integró como capítulo XII de su obra *Temas-clave de humanismo cristiano*, Madrid, Speiro, 1984. Como es lógico, trató el tema más desde la Moral que desde la Metafísica, lo cual resulta más acertado que el intento aproximativo que realizamos nosotros en la primera redacción de este ensayo.

características peculiares y un grado elevado de desarrollo material, intelectual y espiritual, es perceptible a los ojos del investigador e incluso del común de los mortales, podemos decir que nos hallamos ante una *civilización*. Y de ella, bien por el conocimiento presente, bien por el que nos transmiten los documentos de diverso tipo que ha dejado (escritos, arqueológicos, etc.), podremos saber y afirmar que tiene o ha tenido una existencia real en la Historia, ya actual, ya pasada.

Más que una definición, cabe proponer la noción de *esencia o ser de una civilización*<sup>20</sup> como el conjunto de notas o rasgos fundamentales que la constituyen o constituyeron como tal civilización concreta en sí, y de los cuales, si se elimina uno de ellos, ya no es o no podría haber sido esa misma civilización en sí, sino otra formación humano-cultural. La esencia de una civilización, por lo tanto, es el fundamento y el principio que la define y singulariza. Su negación supone la negación de su posibilidad real de ser como tal civilización en el tiempo y en el espacio.

Una civilización tiene siempre una relación fundamental con el espacio y el tiempo, pues se asienta sobre un territorio y puede expandirse hacia otras regiones en el transcurso del tiempo; siempre ofrece, además, una duración más o menos larga en el tiempo. Ese territorio influye sin duda en la sociedad que sobre él se asienta, pero a la vez ésta y su cultura son capaces de transformarlo y de darle, por así decir, un carácter propio, adecuado a la esencia de esa civilización.

Una civilización está definida siempre por unas características propias que la diferencian de otras. Así podemos hablar de la *identidad de una civilización*, entendida como la comunión, la confluencia o la conveniencia de varios pueblos y de varios rasgos culturales en una misma entidad común: unidad en la diversidad. Le convienen hasta el punto de que son como la definición de su ser, especialmente de cara hacia el exterior. En relación con la identidad, la *distinción* diferen-

---

20 Nótese que aquí nos apartamos de la Metafísica, pues en el campo de la teoría de la cultura y de la civilización estamos identificando prácticamente ser y esencia.

ciará a una civilización concreta respecto de otras. Una civilización es ésa misma y no otra: posee una identidad que la distingue de otras.

Cabría hacer una cierta trasposición un tanto gratuita del *principio de contradicción*, propio de la Filosofía, al campo de las civilizaciones; podemos entenderlo más o menos del modo siguiente: de una misma civilización no puede a la vez afirmarse y negarse una misma esencia o ser. Por ejemplo, será absurdo predicar de una civilización que es cristiana y al mismo tiempo negarlo: si esa civilización es cristiana, no podrá no ser cristiana; si es cristiana y se niega que lo sea, se estará negando la realidad de esa civilización, se estará negando su ser. En todo caso, pues, lo que hará quien niegue el ser cristiano de esa civilización, será afirmar que dicha civilización es otra cosa distinta de lo que realmente es.

Pero entonces, evidentemente, sólo caben dos posibilidades: o se expresa el deseo (voluntad no siempre conforme con la realidad) de la mutación o transformación de esa civilización, o se niega la verdad y se incurre en abierta falsedad, pues la verdad ha sido tradicionalmente definida como «la adecuación entre el entendimiento y la cosa» (*adaequatio rei et intellectus*), mientras que la falsedad, por oposición, es «cierta disconformidad entre el entendimiento y la cosa». Si además hay doblez y maldad en la intención, podemos afirmar que tal afirmación será también un caso claro de falsedad moral o mentira, pues existe una disconformidad de lo que en el lenguaje se expresa, con respecto al juicio de la mente, el cual es consciente de la realidad cristiana de esa civilización, realidad que se niega en el lenguaje.

\* \* \*

Con todo lo que venimos viendo, habremos de llegar a la cuestión de saber *qué es Europa*.

Y esto es de suma importancia, porque de ello se podrá deducir si lo que hoy afirman los nuevos «constructores» de Europa se ajusta o no a *la realidad del ser de Europa*; si están diciendo algo verdadero o falso; si ciertamente su proyecto se adecua a lo que realmente Europa es o si más bien están pretendiendo erigir un edifi-

cio del todo nuevo que, aunque lleve el nombre de Europa, no es la auténtica Europa, no es Europa.

Hoy, como es de todos sabido, estos nuevos «constructores» de Europa nos hablan de la «unidad europea», de la «Unión Europea». Pero, como bien afirmó hace ya años el egregio filósofo español Adolfo Muñoz Alonso, «preguntarnos por la unidad de Europa equivale a preguntarnos por Europa», por «el ser de Europa»<sup>21</sup>. Y citando nuevamente sus palabras: «Europa se nos presenta como una civilización y una cultura, desplegadas sobre unas realidades geográficas no muy precisas, que nos permiten preguntarnos *qué es*. Que nos permiten preguntarnos y nos exigen que nos preguntemos.»<sup>22</sup>

\* \* \*

Evidentemente, y como el mismo autor afirma, «la civilización y la cultura europeas se han desplegado sobre unas realidades geográficas [...]. Indudablemente, a Europa se le pueden fijar los límites con un puntero escolar. Todo lo imprecisos que se quieran, pero hay extensiones que no son ya Europa. En Europa, como sustentación geográfica, se advierte una unidad en la diversidad.»<sup>23</sup> Pero, como señala por su parte el magnífico historiador y filósofo de la religión y de la cultura que fue Christopher Dawson, «Europa no es una unidad natural [geográfica y étnicamente], como lo son Australia o África; es el producto de un largo proceso de evolución histórica y caminar espiritual.»<sup>24</sup> Y es que, como él mismo veía claro en sus estudios, en la formación de una cultura o de una civilización confluyen varios factores, de los cuales es fundamental el pensamiento, no simple o puramente intelectual, sino esencialmente el religioso: toda religión personifica una actitud ante la vida y un concepto de

---

21 MUÑOZ ALONSO, Adolfo, *Meditaciones sobre Europa*, Madrid, Europa, 1963, p. 21.

22 MUÑOZ ALONSO, A., *Meditaciones sobre Europa*, p. 24.

23 MUÑOZ ALONSO, A., *Meditaciones sobre Europa*, p. 25.

24 DAWSON, Christopher, *Los orígenes de Europa*, Madrid, Rialp, 1991, p. 29.

la realidad, y cualquier modificación que en éstos se produzca trae consigo un cambio en el carácter general de la cultura<sup>25</sup>.

Por lo tanto, y siguiendo al autor británico convertido al catolicismo, en toda civilización, cuando pierde los fundamentos religiosos y se contenta con los triunfos puramente materiales, se llega a la consecuencia inevitable de un «enajenamiento espiritual», una decepción, y ello no es sino un reflejo de que la vitalidad de una sociedad está ligada a su religión. «El impulso religioso es el que proporciona la fuerza cohesiva que une a la sociedad y a la cultura. Las grandes civilizaciones mundiales no crean las religiones, como si se tratara de una especie de producto derivado; las grandes religiones son, en un sentido auténticamente real, las fundaciones [fundamentos, si se acepta una traducción más exacta] en que descansan las grandes civilizaciones. La sociedad que pierde su religión se convierte, tarde o temprano, en una sociedad sin cultura.»<sup>26</sup>

En opinión de Dawson, pues, «la religión en la clave de la Historia y es imposible comprender una cultura a menos que entendamos sus raíces religiosas»<sup>27</sup>.

Ahora bien, es indudable, como hemos dicho, que Europa, al igual que toda cultura y civilización, se asienta sobre un marco geográfico. De hecho, el medio ambiente o factor geográfico es un aspecto cuya importancia también resalta el mismo Dawson, quien define la cultura como «un sistema común de vida, una adaptación particular del hombre a su medio ambiente y a sus necesidades económicas», aunque advierte a continuación que debe evitarse comprender esto según un determinismo natural o geográfico sobre el hombre. Pues, por supuesto, si bien el medio moldea al hombre, éste se deja libremente moldear y además, a su vez, moldea el medio, de tal modo que una cultura superior se revela «tan dominante y triunfal como un artista con sus recursos profesionales». Y ello porque es el pensamiento, rasgo peculiar de la especie humana y que libera al hom-

---

25 DAWSON, Christopher, *Dinámica de la Historia Universal*, Madrid, Rialp, 1961, p. 19.

26 DAWSON, Ch., *Dinámica de la Historia Universal*, p. 102.

27 DAWSON, Christopher, *Medieval essays*, Londres, Sheed and Ward, 1953, p. 1.

bre de una dependencia ciega del medio ambiente (a diferencia de lo que sucede con los animales irracionales), lo que posibilita la formación de una reserva siempre creciente de tradiciones sociales, de tal forma que los bienes logrados por una generación se transmitan a la siguiente y los descubrimientos o las nuevas ideas de un individuo se conviertan en propiedad común de la sociedad.<sup>28</sup>

Añadiremos que Dawson define la civilización como «la generalización de un número de culturas históricas de vida individual limitada»<sup>29</sup>.

\* \* \*

Por lo tanto, una vez hechas estas precisiones acerca de la importancia del *asentamiento y medio geográfico* y de cómo hay otros factores superiores humanos que son capaces de actuar sobre él, debemos recordar muy superficialmente que Europa está formada por un conjunto de tierras continentales y de islas enmarcadas por el océano Atlántico al oeste, el mar Mediterráneo al sur, los Urales al este y el océano Glacial Ártico al norte. De este modo, linda con Asia por el oriente y el Mediterráneo la separa de África por el sur, y ciertamente existe una profunda diferenciación entre el mundo europeo, el asiático y el africano, pero no tanto desde un punto de vista geográfico como cultural, ya que, con respecto al continente asiático, la frontera geográfica es bastante convencional.

Muñoz Alonso insistió en la influencia del mar en la configuración de Europa<sup>30</sup>, pero creemos que en realidad no debe perderse de vista que varios de los pueblos que conforman Europa son difícilmente comprensibles sin una acentuada continentalidad interior y que más bien les resultaría extraño el intento de una relación forzada con el mar por parte de un historiador o de un filósofo de la

---

28 DAWSON, Ch., *Dinámica de la Historia Universal*, pp. 14-15.

29 DAWSON, Ch., *Dinámica de la Historia Universal*, p. 16.

30 MUÑOZ ALONSO, A., *Meditaciones sobre Europa*, pp. 25-29.

cultura. Tal es el caso de Suiza y de varios grupos de eslavos interiores, como checos y eslovacos.

Sin duda alguna, la calma mediterránea fomentó las relaciones de los pueblos asentados en sus orillas (casos de la civilización helénica y de Roma) y las ansias de otros más lejanos por llegar a disfrutar de los recursos que este mar interior ofrecía (caso de las migraciones bárbaras germánicas). La insularidad favoreció el espíritu de independencia de otros pueblos (como ocurriría con los ingleses con el curso de los siglos), pero también la apertura al agreste Atlántico animó a la aventura del descubrimiento de nuevas y mejores tierras (como hicieron los vikingos del norte). Y las estepas orientales posibilitaron, por su parte, el desplazamiento de otras poblaciones (eslavos y grupos centroasiáticos) hacia el oeste, donde existían climas y condiciones de vida más envidiables.

Es decir, la civilización europea nos ofrece un conjunto de rasgos geográficos que han contribuido poderosamente a su formación en el transcurso del tiempo. Pero en sí, por esa diversidad geográfica que podemos observar en su interior, creemos que no llegan a ser el elemento último para mejor comprender y definir qué es Europa. Con acierto afirma Otto de Habsburgo que «Europa no es tan sólo una entidad geográfica y económica. Es también, y sobre todo, una unidad moral y cultural distinta e independiente del resto del mundo.»<sup>31</sup>

\* \* \*

En nuestra opinión, para comenzar a comprender Europa, es conveniente e incluso necesario realizar un proceso de aproximación a lo que, a primera vista, es posible observar desde *una perspectiva cultural*. Y esto, creemos, no es otra cosa que una clara diferenciación entre «dos Europas»: la oriental y la occidental, que se distinguen, no por una reciente división en dos bloques políticos en el siglo XX, sino por unos componentes culturales de mayor antigüedad y de

---

31 HABSBURG, Otto von, *Europa en la encrucijada*, Madrid, Editora Nacional, 1954, p. 35.

más profundas raíces históricas. No hay duda, en nuestra óptica al menos, de que cabe hablar a grandes rasgos, incluso étnicamente, de una Europa occidental romano-germánica y de una Europa oriental bizantino-eslava.

Pero, a su vez, y muy por encima de esta diferenciación, existen unos componentes culturales, sobre todo uno, que posibilitan hablar de una Europa y no de dos. Y ese componente fundamental, caracterizador, unificador, es el *cristianismo*. Europa es, ante todo, un continente cristiano y una civilización cristiana. La Europa romano-germánica occidental es cristiana, pues se forjó bajo el influjo de la Iglesia Católica Romana; y la Europa bizantino-eslava es cristiana, ya que se configuró por la acción igualmente de la Iglesia Católica Romana y luego, tras el doloroso cisma de 1054, siguió recibiendo la impronta cristiana a través de la Ortodoxia bizantina, pero sin que olvidemos que varios pueblos eslavos, como el polaco, el croata, el esloveno y el eslovaco, se mantuvieron mayoritariamente fieles al Papa de Roma.

Por lo tanto, el cristianismo es el factor fundamental, el más importante, el más esencial que distingue a Europa, que nos define su identidad, que nos habla de su ser. Europa es esencialmente cristiana, y ello lo comprobaremos en los dos siguientes capítulos del libro. Europa, o es cristiana, o no es Europa. Por eso podemos hablar de una *identificación secular de Europa con la Cristiandad*, antes de que ésta se expandiera hacia tierras más lejanas.

Ahora bien, en estrecha unión con el cristianismo, existen otros tres factores que «informan» la civilización europea: *el helenismo*, *el romanismo* y el aporte de los pueblos bárbaros, es decir, *el germanismo y/o el eslavismo*, o bien en ocasiones otros rasgos particulares que hacen las veces de este cuarto elemento (casos de los magiares húngaros o de los fineses). Y en esto coincidimos plenamente con Christopher Dawson, quien asimismo ve cuatro elementos fundamentales en la formación de Europa y de su cultura y que se fusionaron hacia el siglo VI: la tradición científica de la Grecia clásica, el

genio político unificador de Roma, la religión cristiana y el impulso radical de los pueblos bárbaros<sup>32</sup>.

Al hablar de fusión, nosotros pensamos también en una especie de unión sustancial entre los cuatro elementos, de tal modo que los cuatro son definitorios para la formación y la comprensión de Europa; están tan íntimamente unidos y compenetrados entre sí, que la ausencia de uno de ellos haría impensable Europa; al menos, haría impensable lo que es la auténtica Europa, aquello que realmente es Europa. Pero, como apuntamos, el elemento más fundamental, el que da unidad y sentido pleno a los otros tres, el que más decisivamente contribuye a la configuración de Europa, es el cristianismo.

\* \* \*

Coincidimos nuevamente con Christopher Dawson en afirmar que el origen histórico de la civilización europea se encuentra en *la antigua Grecia*, la cual adquirió la conciencia de ser una entidad cultural opuesta a Persia, a la que identificaba con la «barbarie» (los extranjeros) y, también genéricamente, con «Asia». «Es de los griegos de donde sacamos los caracteres más distintivos del Occidente en cuanto opuesto a la cultura oriental: nuestras ciencias y filosofía, nuestra literatura y arte, nuestro pensamiento político y nuestras concepciones de la ley y de las instituciones de gobierno libre. [...] Sin el helenismo, ni la civilización europea, ni incluso nuestra idea del hombre, serían siquiera concebibles.»<sup>33</sup>

Ciertamente, un elemento que ha caracterizado la cultura europea es la racionalidad helénica, el deseo de indagar y encontrar las últimas causas de las cosas por medio de las posibilidades de la razón con que cuenta el hombre. Esta racionalidad influyó en la concepción de unos cánones estéticos que se plasmaron en el arte, configuró unos gustos y un sentido de la belleza que se traspasaron a una

---

32 DAWSON, Ch., *Los orígenes de Europa*, pp. 11 y 14.

33 DAWSON, Ch., *Los orígenes de Europa*, p. 30.

literatura y determinó la búsqueda por alcanzar unos sistemas políticos lo mejor organizados de acuerdo con la naturaleza social del hombre. La preocupación por el hombre, manifiesta especialmente en la Atenas clásica y en la filosofía que se desarrolló a partir de los sofistas y de su oponente, el honesto Sócrates, sería plenamente asumida tiempo después por el cristianismo, que completaría la visión con la perfección que sólo el mensaje de Jesucristo podía aportarle.

El prestigioso historiador don Luis Suárez, que tanto y con tan señalado acierto ha tratado acerca de lo que es Europa y de su formación histórica, insistiendo especialmente en sus raíces cristianas, no incide casi en el peso del elemento griego; en cambio lo hace más bien en unos remotos vestigios hebraicos que, a nuestro parecer, llegan ya muy transformados a través de la cosmovisión cristiana. Por lo tanto, él acentúa más la existencia de un eje compuesto por Israel, Roma y la Cristiandad<sup>34</sup>. Incluso opone el sentido de la trascendencia de la vida, propio del judaísmo, a una idea fatalista griega, lo cual es realmente verdad. Pero ello no debe hacer olvidar, en nuestra opinión, el hecho de la amplia y múltiple aportación positiva que el helenismo tuvo para la configuración de lo que luego sería Europa. Aportación que básicamente se resume en la afirmación del valor del hombre y de su racionalidad.

\* \* \*

De acuerdo nuevamente con Dawson, «extender esta tradición [helénica, mediterránea oriental] de superior civilización al Oeste fue la obra de *Roma*, cuya misión consistió en actuar como intermediaria entre el civilizado mundo heleno del Mediterráneo oriental y los pueblos bárbaros del Occidente europeo. [...] La incorporación de la Europa continental a la unidad cultural mediterránea [del

---

34 Así, SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis, *Raíces cristianas de Europa*, Madrid, Palabra, 1986; y en obra *Cristianismo y europeidad. Una reflexión histórica ante el tercer milenio*, Pamplona, EUNSA, 2003.

mundo romano] se debió a la iniciativa personal y al genio militar de Julio César [...].»<sup>35</sup>

Pero además, Roma en su conjunto añadió su propio genio creador y civilizador; no fue una mera transmisora del legado helénico. Roma poseyó un sentido claro y expreso de la política y de la ley, del Derecho, de la necesidad del buen ordenamiento de la sociedad y de las relaciones humanas, de la regularidad, de la disciplina. Todo ello se manifestó en su capacidad militar, en la organización de sus legiones, en la disposición urbanística de las ciudades, en la red de vías que unían los territorios de su imperio... y en las leyes y los códigos legales que las correspondientes instancias jurídicas promulgaron. Las posibilidades que Roma demostró tener para construir, organizar eficazmente y conservar durante mucho tiempo un gran imperio, sabiendo integrar a muy diversas poblaciones y dejarles una honda impronta cultural, reflejan que nos hallamos ante una civilización de primera talla, realmente creativa.

Ahora bien, el genio romano, como el genio helénico, no alcanzaría su plenitud hasta que no incorporase un elemento clave, un elemento necesario para darle la visión trascendente de la vida y del mundo de que carecía: el cristianismo. Y así, en palabras de Dawson, «la nueva Roma cristiana [...] estaba de hecho destinada a heredar la tradición romana y a conservar el viejo ideal de la unidad latina en un mundo desapareciente [*sic* en la traducción; que desaparecía]. Gracias a ella los nuevos pueblos debieron a Roma la idea concreta de la posibilidad de una civilización común» y se inició así el camino hacia una nueva cultura europea<sup>36</sup>. Y es que, en el mundo antiguo, «la artificial civilización superficial del Imperio romano precisaba de una inspiración religiosa de más profunda calidad que la contenida en los cultos oficiales del estado-ciudad», y ésa sería la que aportaría el cristianismo, el cual «transformaría la vida y el

---

35 DAWSON, Ch., *Los orígenes de Europa*, pp. 31-32; se refiere, claro, a la conquista de las Galias y a toda la orientación de la política de expansión romana hacia el Occidente y el noroeste.

36 DAWSON, Ch., *Los orígenes de Europa*, p. 49.

pensamiento de la civilización antigua» sin que nadie pudiera haber previsto ni el hecho ni en qué manera lo iba a hacer<sup>37</sup>.

\* \* \*

Lo que el *cristianismo* podía aportar era, sobre todo, su cosmovisión, si se quiere hablar en estos términos. Era la comprensión cristiana de la vida y del mundo lo que podía dar un nuevo valor y un nuevo vigor a la tradición clásica grecorromana; era el aliento espiritual que ésta necesitaba para echar los cimientos de una nueva civilización.

El cristianismo afirmaba, ante todo, el puesto central de Dios en el mundo y en la vida del hombre. Afirmaba la existencia de un único Dios, Creador de todo, Providente y bondadoso con sus criaturas; un Dios enamorado del hombre, hasta el punto de que, a pesar de la soberbia desobediencia de éste, había determinado redimirle del pecado obrado contra Él, enviando para ello a su Hijo unigénito, Jesucristo, para que asumiera la condición humana y, como Mediador entre Dios y el hombre, reparase la ofensa y abriera de nuevo las fuentes de la gracia sobre los hombres. Jesucristo, el Verbo encarnado, Dios hecho hombre, el Hombre perfecto, el ideal y el modelo para todos los hombres por la excelsitud de sus virtudes, reveló los misterios anunciados en el Antiguo Testamento: la existencia de tres Personas en un sólo Dios (misterio trinitario); el destino sobrenatural del hombre y su dignidad por estar llamado a ser hijo de Dios mediante el Bautismo y a la vida eterna con Él; el mandamiento supremo del amor a Dios, al prójimo y a sí mismo; y, en definitiva, todo el conjunto de las enseñanzas que la Iglesia recibiría de Él como un inagotable tesoro para la vida presente y futura y que ella habría de conservar íntegro y transmitir de generación en generación.

Y así, gracias a esa riqueza espiritual y a la mano providente de Dios sobre el cristianismo, la religión perseguida por los goberna-

---

37 DAWSON, Ch., *Los orígenes de Europa*, pp. 50-51.

dores y emperadores romanos triunfó sobre el Imperio y le proporcionó nueva vitalidad, hasta el punto de proyectarse después sobre los pueblos invasores y, con ellos, poder edificar una nueva civilización. Pero antes de esto, el testimonio de los mártires y de la alegría con que afrontaban su cruenta muerte movió a muchos paganos a considerar que, o bien eran unos locos, o bien eran unos hombres y unas mujeres tan convencidos de la existencia de una vida eterna de gloria junto a un Dios personal, que ciertamente ese Dios cristiano tenía que existir.

El cristianismo, al triunfar sobre el Imperio que le venía persiguiendo y al ser asumido por éste como religión, primero semioficial y luego definitivamente oficial, realizó la ingente labor humanizadora de las leyes y de las costumbres romanas; defendió y consiguió afirmar los derechos de la madre en la educación y en el cuidado de los hijos, así como los derechos de éstos ante la omnímoda *patria potestas* del padre para transformarla en la *paterna pietas*; suavizó las condiciones de los esclavos y favoreció su manumisión; dulcificó el trato a los presos en las cárceles y desde época de Constantino promovió otras muchas leyes en favor de los campesinos y de los miembros de las clases humildes, además de organizar la beneficencia en provecho de las personas más necesitadas de la sociedad: viudas, huérfanos, pobres, enfermos, etc.; logró también erradicar costumbres salvajes, como los combates de gladiadores, e introdujo en varias disposiciones del Derecho Romano la idea de que el hombre está hecho a imagen de Dios, por lo cual goza de una alta dignidad y merece un trato respetuoso. En fin, cuando se produjera la arribada de los pueblos bárbaros al Imperio, la acción mediadora de la jerarquía eclesiástica sería la responsable de la salvaguarda de la vida y de la hacienda de la población del mundo romano frente a los actos de pillaje y, al mismo tiempo, obtendría poco a poco la integración entre romanos y bárbaros, dando origen a una nueva sociedad y a una nueva civilización.

\* \* \*

Los romanos, incluso los romanos cristianos, creyeron con frecuencia que su Imperio perduraría hasta el final de los tiempos y del mundo, pues así lo querían, bien los dioses protectores, bien el Dios providente que había contado con esta formación política para la realización de sus planes de salvación sobre el género humano.

Sin embargo, cuando, por una parte, la degradación de las costumbres dentro del Imperio, que se venía produciendo desde el final de la República y se acentuó en los siglos I y II d. C., y que prosiguió a pesar de la revitalización que supuso el cristianismo en tantos aspectos; y cuando, por otro lado, la penetración cada vez mayor y más incontrolada de pueblos bárbaros, principalmente germánicos, hizo tambalearse las estructuras del Imperio y su firmeza como gran Estado; entonces, gran número de romanos, tanto paganos como cristianos, fueron conscientes de estar asistiendo al final de una época e incluso pensaron tratarse del fin del mundo. Los unos creyeron que, por culpa de haber asumido el cristianismo, los dioses protectores habían abandonado a Roma; los otros, en cambio, sabedores de que tales dioses no eran precisamente modelos de moralidad (pues los relatos mitológicos narraban cómo eran ladrones, raptos, asesinos, egoístas, adúlteros, incestuosos, crueles con los hombres para satisfacer sus propios deseos... en definitiva, eran depravados), y conscientes asimismo de que Dios tenía unos planes superiores sobre la humanidad, acabaron asimilando con acierto las transformaciones que se estaban produciendo y fueron capaces de echar las bases de una nueva civilización, integrando en ella el aporte regenerador que ciertamente traían los pueblos bárbaros.

\* \* \*

Por lo tanto, como dice Dawson, «si Europa debe su existencia política al Imperio romano y su unidad espiritual a la Iglesia católica, es decisivo para su cultura intelectual un tercer factor, la tradición clásica, otro de los elementos fundamentales creadores de la unidad europea.» Tenemos una inmensa deuda hacia la tradición clásica, aunque no nos lleguemos a dar cuenta de su magnitud para la cul-

tura occidental, pues «a lo largo de la historia de Europa, esta tradición ha sido el fundamento constante de la literatura y del pensamiento occidentales». Roma la difundió al Oeste y en la Edad Media fue «una parte integrante de la herencia espiritual de la Iglesia cristiana», hasta que en el Renacimiento conociera un renovado vigor e inspirase las nuevas literaturas europeas y la educación seglar. «Es casi imposible evaluar la influencia acumulada de una tradición tan continuada y tan antigua. No hay nada en la historia que pueda comparársela, excepto la tradición confuciana en China, siendo digno de notar que ambas parecen estar últimamente en peligro de sucumbir al mismo tiempo y a causa de las mismas fuerzas.» La tradición clásica es helenismo, asumido y difundido por Roma<sup>38</sup>, y el cristianismo la hizo suya, la cristianizó y la transmitió a los siglos siguientes.

Es decir, que tenemos ya tres elementos-clave de la futura civilización europea: helenismo, romanismo y cristianismo; los dos primeros, fusionados entre sí, conforman la tradición clásica, que el cristianismo asimiló y a su vez modeló, alcanzándose de este modo una fusión entre los tres factores. Pero a ellos hay que sumar aún otro más: el aporte de los pueblos bárbaros, en este caso principalmente el germanismo.

\* \* \*

Como el ya abundantemente mencionado Dawson asevera, «los tres elementos estudiados [...] son los verdaderos cimientos de la unidad europea, pero no constituyen por sí solos a Europa. Son influjos formadores que dieron cuerpo y estilo al material de nuestra civilización, material que se encontraba en cualquier parte del caos oscuro del mundo bárbaro; pues son los bárbaros los que proporcionaron el material humano del cual fue labrada Europa, *gentes* enemigas del *imperium* y de la *ecclesia*: la fuente del elemento nacional en

---

38 DAWSON, Ch., *Los orígenes de Europa*, pp. 72-74.

la vida europea.»<sup>39</sup> El autor británico emplea aquí el término «material» en el sentido de «componente» o «elemento fundamental».

Ciertamente, ante esa sociedad que, si bien estaba impregnándose de cristianismo, se hallaba aún en un proceso de descomposición moral interna, así como en una fase general de decadencia material, la llegada de los *pueblos bárbaros*, sobre todo *germánicos* en estos momentos, supuso un aporte vivificador por lo que a nueva savia se refiere. Ante una sociedad en tantos aspectos corrompida, las costumbres y los valores que traían los pueblos germánicos (valor de la comunidad, del servicio, de la fidelidad al jefe y al grupo, entrega generosa, etc.), podían ser asumidos como aspectos positivos para la labor revitalizadora que el cristianismo estaba operando. Y además, sólo el cristianismo, porque no despreciaba a estos bárbaros rudos, sino que era capaz de comprender que estaban llamados a ser hijos de Dios y hermanos de todos los demás hombres, podía vencer las reticencias que, de primera intención, podía causar en los propios cristianos el temor a la arribada y el asentamiento de tales gentes, que si bien se producía de forma pacífica y pactada en muchos casos, en otros estaba sucediendo con acciones violentas y de saqueo. Sólo el cristianismo, que al universalismo salvífico de Jesucristo supo unir extraordinariamente el universalismo romano, podía afrontar la tarea de integrar en una nueva sociedad común a romanos y germanos. Sólo el cristianismo estaba capacitado para fusionar, bajo su aliento espiritual, la tradición clásica y el aporte de los pueblos germanos. Y así lo hizo, dando lugar, como veremos, a la Europa occidental.

\* \* \*

Ahora bien, esto que referimos para el Occidente latino, debemos entenderlo de manera similar, prácticamente igual en lo esencial, con respecto al Oriente bizantino y a la llegada y asentamiento de los *pueblos eslavos*, que se produciría unos siglos después, en una segunda

---

39 DAWSON, Ch., *Los orígenes de Europa*, p. 91.

gran oleada migratoria hacia y en el seno del continente europeo, que esta vez se quedó retenida principalmente en la parte del este.

El cristianismo, en el Imperio Romano de Oriente, heredero de la tradición griega y del romanismo, así como en las tierras más al norte de él, elaboró una fusión que, si bien se realizó en lo fundamental de manera semejante a la de Occidente, adquirió otros rasgos peculiares, en función de las diferencias existentes entre el este y el oeste. Pero efectuó esa fusión y nuevamente fue capaz de integrar en ella el aporte vivificador que traerían los pueblos eslavos. El cristianismo, una vez más, miró a los miembros de estos pueblos como llamados a convertirse en hijos de Dios por el Bautismo, como personas con una elevada dignidad, y entendió que se les debía llevar el mensaje salvador de Jesucristo junto con los beneficios de la civilización forjada en la Grecia y en la Roma antiguas y que se había visto definitivamente animada por el aliento poderoso de dicho mensaje. Y dio origen así a la civilización cristiana europea en su modalidad oriental.

\* \* \*

Esta conjunción de los cuatro elementos (helenismo, romanismo, germanismo y/o eslavismo, y cristianismo), que Dawson y nosotros observamos con claridad, ha sido apuntada también por otros muchos autores, entre ellos el igualmente mencionado Adolfo Muñoz Alonso, de quien son las siguientes palabras: «El mundo antiguo era un lastre para el cristianismo y para sus posibilidades edificantes. Y sin el cristianismo, la decadencia del Imperio Romano habría arrastrado consigo cualquier posibilidad cultural humana. El Imperio Romano deja diseñados los núcleos nacionales. El pueblo romano fue el gran arquitecto de Europa. El germanismo asegura para la historia occidental la fortaleza de sus ciudades. El cristianismo infunde vida real, social, política y cultural a esta inmensa catedral que es el Medievo, en la que hasta los disidentes no se sienten extraños a la hora de la plegaria que les religa con Dios.»<sup>40</sup>

---

40 MUÑOZ ALONSO, A., *Meditaciones sobre Europa*, pp. 33-34.

Así, pues, son cuatro los elementos integrantes del *ser de Europa*; cuatro son las notas fundamentales que constituyen Europa como civilización y que están tan estrechamente fusionadas entre sí, tan sustancialmente unidas que, si se elimina una, nos quedamos ya con una imagen coja de Europa, con una idea falsa de Europa. La *esencia de Europa*, por lo tanto, es esa integración profunda de helenismo, romanismo, germanismo y/o eslavismo (o bien, en ciertos casos, otro aporte particular) y cristianismo. Y de estos cuatro elementos o notas, el que más esencialmente constituye y define la civilización europea es el cristianismo, porque es el que, bajo su aliento espiritual, une en perfecta armazón los otros tres y configura un conjunto armónico. Por eso, la civilización europea, Europa, es esencialmente cristiana. Por eso existió durante siglos esa identificación de Europa y Cristiandad, antes de expandirse ésta hacia otras tierras lejanas. Europa no puede no ser cristiana, porque si no, ya no será Europa. Será otra cosa, quizá otra civilización, muy posiblemente decadente y sin verdadera vida; pero nunca podremos decir que eso es, en sentido propio, Europa.

Por lo tanto, la *identidad de Europa* nos refiere la comunión y conveniencia de los pueblos que la integran y de estos cuatro elementos que hemos indicado en una misma entidad común. Y le convienen hasta el punto de que son como la definición de su ser.

Recogiendo nuevamente una cita de Muñoz Alonso: «quien niega el cristianismo renuncia a la Europa histórica y a la Europa posible»<sup>41</sup>. Y así, «la conciencia de la unidad europea se afianza en la medida en que se organiza un sistema europeo de rango económico, técnico, industrial, pero no se reafirma como unidad sino en el grado en que mantiene su espíritu vivificante el cristianismo»<sup>42</sup>.

Como también ha aseverado la voz autorizada de Otto de Habsburgo: «al hablar de Europa no podemos olvidar la verdadera esencia de nuestro continente. Ante todo, somos un continente cristiano. [...] El cristianismo es nuestra alma. Y renegar de ella supon-

---

41 MUÑOZ ALONSO, A., *Meditaciones sobre Europa*, p. 36.

42 MUÑOZ ALONSO, A., *Meditaciones sobre Europa*, p. 38.

dría un suicidio. Si muchos europeos profesionales piensan hoy en la configuración de una nueva estructura en la cual se silencie vergonzosamente nuestra tradición cristiana se nos brinda así un nuevo testimonio de la gran vacuidad de esta falsa Europa que no tiene el valor de ser por sí misma y se extasía en la contemplación de modelos que le son ajenos. Hablar de una Europa cristiana significa, pues, realizar un acto de fe en la vida y en el futuro. Reconocer que nuestro continente, lejos de estar acabado, se encuentra en vísperas de su desarrollo mejor. Significa la afirmación de que nuestra Europa es un continente del futuro [...].»<sup>43</sup>

---

43 HABSURGO, Otto de, *Nuestro mundo en marcha*, Estella, Salvat - Alianza, 1970, p. 163.